



ner su pacífica mediación en la lucha de la ferocidad y la vileza.

Le sucedió Zósimo, griego, viniendo así de todas las partes del mundo á la sede romana lo más sobresaliente en virtud ó doctrina. Zósimo, engañado al principio por los errores de los pelagianos, los condenó despues solemnemente y consiguió un rescripto imperial que los desterraba de Roma.

Cuando Bonifacio, romano, fué elegido papa, el archidiacono Eulalio, que ambicionaba la tiara, sostenido por el prefecto Simaco, ocupó á San Juan de Letran, y allí se hizo consagrar por unos pocos obispos y sacerdotes; pero el emperador confirmó al primero, que quedó en la sede y mantuvo sus derechos contra las pretensiones de Eulalio.

Celestino I gobernó diez años, y le sucedió Sixto III, no ménos celoso en rebatir á los pelagianos y nestorianos, y acabar con el cisma que habia surgido en Oriente.

Leon mereció el título de Magno por su talento y sus hechos. Cuando fué elegido, estaba en las Galias reconciliando á Aecio con Albino, y despues tuvo otras muchas ocasiones de intervenir en las cosas públicas. Habiendo salido al encuentro de Atila, pudo conseguir que el azote de Dios perdonase á Roma, y de Genserico obtuvo por lo ménos que la eximiese del incendio. Leon es el primer pontífice cuyos escritos se han reunido. Escribió noventa y seis sermones sobre las principales fiestas, con elocuencia de sentimiento, aunque sobrecargada de excesivas antítesis. Sus ciento setenta y tres cartas demuestran el incansable celo con que cuidaba de la pureza de la doctrina y de la paz de la Iglesia, combatiendo sin tregua todas las herejías (1).

Hilario, su sucesor, trabajó con actividad en el concilio de Efeso; pero no supo librarse enteramente de las multiformes insidias de los innovadores. En una carta á Leoncio, obispo de Arlés, da el nombre de monarquía al primado papal. Fundó dos bibliotecas en el baptisterio de Letran, las primeras de que hay noticia establecidas por los papas.

(1) Apocalipsis, c. IV.

Simplicio de Tivoli, que vió derrocarse el poder romano, tuvo que hacer grandes esfuerzos para conservar la unidad de la Iglesia, pues caido el imperio occidental, Acacio, patriarca de Constantinopla, pretendia la primacia.

Desde San Pedro, se hacia la eleccion del papa por un senado eclesiástico de veinticuatro diáconos y sacerdotes, elegidos por aquél, segun se dice, en vez de los apóstoles, y á imágen de los veinticuatro ancianos que rodean el trono de Dios (1). Desde el papa Silvestre, poseyendo ya bienes temporales, concurrían á la eleccion el resto del clero y el pueblo; despues, cuando la riqueza empezó á hacer ambicionable aquel puesto, intervinieron los emperadores en el nombramiento para impedir las sediciones, y luégo lo confirmaron. Odoacro y su prefecto Basilio prohibieron elegir y consagrar obispo de Roma sin consultar ántes al rey ó al prefecto, ya fuese por celo político ó por evitar las disensiones; pero este decreto no se cumplió (2).

Entónces no era costumbre el mudar de nombre; y Platina, siguiendo á Martín Polaco, cuenta que Sergio II fué el primero que se mudó el nombre indecoroso de Osporci; pero Anastasio Bibliotecario dice, que este papa se llamaba ya Sergio ántes de subir á la silla de San Pedro. Otros atribuyen la introduccion de esta costumbre á Adriano III, que se llamaba primero Agapito; otros á Juan XII, que primero se llamó Octaviano, y que con esto quiso

(1) La vida de Leon Magno, escrita por Arndt, es una de las muchas reparaciones que los protestantes han hecho estos últimos años en favor de la verdad católica.

(2) El primer papa, San Pedro, fué elegido por Cristo. Desde el segundo, San Lino, hasta San Simplicio en 468, lo fueron por el clero y el pueblo. Desde San Félix III en 483 hasta San Nicolas I en 858, por los reyes conquistadores. Desde Adriano II en 867 hasta Agapito II en 946, por el clero y el pueblo. Desde Juan XII en 958 hasta Silvestre antipapa en 1102, por los tiranos de Italia y por los emperadores. Despues otra vez por el pueblo y el clero desde Gelasio II (1118) hasta Víctor antipapa (1138), y desde entónces por los cardenales desde Celestino II (1143) hasta Gregorio X (1271). Desde Inocencio V (1276) hasta el dia, se eligen por el cónclave.

CAPÍTULO XVI

Ojeada sobre los Papas.

Silvestre I, que vió dada la paz á la Iglesia, ejerció veintiun años su celo en honor de Dios. Á su muerte le sucedió Marco y despues Julio I, romano, que llamó con respetuosa diligencia á San Atanasio, y proclamó su inocencia. Liberio, vacilante entre la debilidad y el valor, resistió á Constancio, sufriendo el destierro ántes que suscribir á la condena de Atanasio, y despues se doblegó á firmar una fórmula arriana; pero los que tanto ruido hacen por su caída, deben recordar su generosa y espontánea vuelta á la verdad. Mientras estuvo desterrado, el clero romano eligió en su lugar al diácono Félix, el cual á su vuelta fué depuesto.

Dámaso, natural de Roma y de padres españoles, tuvo por adversario en la eleccion á Ursicino, y ambos fueron sostenidos por poderosas facciones, que llegaron á derramar sangre con escándalo de los creyentes y befa de los paganos, que veían insinuarse la ambicion en el santuario. Ursicino, expulsado y vuelto á expulsar de Roma, fué confinado á las Galias. Dámaso tuvo por amigo y secretario á San Jerónimo; escribió cultamente prosa y verso, especialmente epitafios para los mártires, en que serían de desear mayor sentimiento y ménos artificio; introdujo los vicarios de la Santa Se-

de en las provincias remotas, los cuales obtenían el primer puesto entre los demas obispos; recibían los negocios que debían transmitir á Roma, acompañándolos con su voto, y podían en caso de necesidad convocar á los obispos de su vicariato.

Habiendo vacado la sede, la volvió á pretender Ursicino, pero prevaleció Siricio, romano. De este es la primera decretal auténtica, dada á 11 de Febrero del año 385 sobre la edad necesaria para ser admitido á las sagradas órdenes, y los intervalos que debía haber entre éstas. Segun el decreto, á los treinta años podia uno ser subdiácono; despues, siendo reconocido idóneo, y haciendo voto de castidad, podia pasar á diácono, habiendo de permanecer en este grado cinco años ántes de obtener el sacerdocio, y otros dos para el episcopado.

Anastasio, *varon insigne*, como le califica San Jerónimo, *de santa vida, de rica pobreza y de apostólica solitud*, ocupó brevisimo tiempo la silla pontificia, y tuvo por sucesor á Inocencio I de Albano, defensor de San Juan Crisóstomo contra la corte oriental, y ardiente conservador de la pureza del dogma y de la disciplina. La invasion del godo Alarico le ofreció campo para ejercer su caridad, y para interpo-



honrar á su tío Juan XI, y otros á Sergio IV, que por respeto abandonó su primer nombre de Pedro (1). Dámaso fué el primero que se tituló *Siervo de los siervos de Dios*, título que adoptó despues Gregorio Magno, y lo mismo sus sucesores.

Favoreció á la primacía del obispo de Roma, además de la tradicion apostólica y la dignidad de la Metrópoli, el no haber otro patriarca en Occidente. León Magno, receloso de San Hilario, obispo de Arlés, consiguió que Valentiniano reprimiese las pretensiones que parecían contrarias á su primado; primera vez que un papa recurrió á la autoridad civil para hacer valer los derechos del pontificado.

Entre las constituciones de San Leon, merecen especial recuerdo aquellas en que reprende á los obispos que administraban el bautismo fuera de los dias solemnes de Pascua y Pentecostés, ó exigían á los penitentes una confesion pública, la cual, si por parte de éstos era una prueba de humildad, podia causar escándalo ó pretexto para proceder en justicia; por lo cual mandó que los pecadores se confesasen primero con Dios y despues con el sacerdote en secreto (2). Prohibió tambien que se consagrasen vírgenes ántes de los cuarenta años (3). Algunas de las personas arrebatadas por Atila en Aquilea y llevadas como esclavas más allá de los Alpes, habian comido carnes ofrecidas á los ídolos, otras ignoraban si estaban bautizadas, y várias mujeres habian pasado á nuevas nupcias. Sobre estos casos decretó Leon que los primeros hiciesen penitencia; que fuese válido el matrimonio anterior, aunque era excusable el nuevo (4), y en cuanto á los

(1) Pallavicini, *Historia del concilio de Trento*, p. II, lib. XIII, c. 11; Ferraris, *Bibl. ad vocem Papa*. Pero esta mutacion de nombre no es obligatoria; y aún en el siglo XVI, Adriano VI y Marcelo II conservaron su nombre de bautismo. Tambien es moderno el uso de las tres coronas en la tiara, porque Suggero, hablando de Inocencio III, dice: «Le ponen en la ca-beza un adorno frigio imperial, á manera de yelmo, adornado con un círculo de oro.» Bonifacio VIII le puso dos, y despues tres Urbano V.

(2) *Ep.* 136.

(3) *Lib. pontific.*

(4) *Ep.* 129.

segundos, que se bautizasen para no dejarlos perecer por un vano escrúpulo. No se usaba, pues, el bautismo condicional (1).

Dos cuidados principales ocupaban á los sucesores de San Pedro: extender el Evangelio y conservar en la pureza de la tradicion, combatiendo las herejías que en gran número y poder se levantaron para representar aquella guerra entre el bien y el mal, que es el escándalo necesario del mundo, lucha en que las pasiones combaten con la fuerza y los errores con el sofisma.

Quando Nestorio de Siria fué nombrado patriarca de Constantinopla, dijo desde el púlpito: «César, ayúdame á exterminar á los herejes; yo me obligo á exterminar contigo á los »persas, y te daré por recompensa el cielo.» Cinco dias despues sorprendió un conventículo de arrianos, los cuales ántes que rendirse prendieron fuego á la casa y murieron abrasados; y luégo persiguió encarnizadamente las muchas gradaciones de la herejía. Careciendo así de caridad y de humildad, cayó él mismo en el error, preguntando si Maria deberia llamarse madre de Dios ó madre de un hombre. En el primer caso (decia) Dios tendria madre como las deidades paganas, y mentiria San Pablo, cuando dice que la divinidad de Cristo no tiene padre, ni madre, ni genealogía. La Virgen, pues, no parió un Dios; la criatura no produjo al Creador, sino un cuerpo humano, instrumento de la Divinidad. El Verbo y Jesús de Nazaret son dos personas distintas, pero una está unida á la otra, más que el vestido al hombre y el templo á la Divinidad. La Encarnacion no es más que una estancia del Verbo-Dios en el hombre. Caiga anatema sobre el que diga que el Verbo, despues de unido al hombre, es un solo hijo de Dios por naturaleza, ó que el hombre hijo de Maria es el único del Padre.

Si la víctima ofrecida para salvar al género humano era hombre, se perdía el principio de la redencion y con él el cristianismo, pues era preciso renunciar al tipo divino de Cristo, y se

(1) *Ep.* 135.



iba á parar á la encarnacion braamínica ó á la revelacion profética.

Esta inútil y peligrosa distincion entre la naturaleza humana y la divina, fué, pues, reprobada como contraria á la creencia universal; pero estando Nestorio en la gracia del emperador, ninguno se atrevia á profesar la doctrina contraria, hasta que Eusebio, abogado, principió á reconvenirle diciendo que el Verbo Eterno habia nacido verdaderamente segun la carne. Llamóse desvergüenza é indiscrecion esta asercion de un lego, y le fué impuesto silencio, por lo cual el error seguía dilatando sus raíces, hasta que Cirilo, obispo de Alejandria, predicó que Cristo era verdaderamente el Verbo; que de otra manera no se deberia adorarle, ni sería el que resucita á los muertos, y que por esto debía llamarse Maria Madre de Dios, como se llaman madres de los hombres las nuestras, aunque no contribuyan á la formacion del alma. Nació de aquí una nueva disputa, no ménos acalorada que la arriana, y agitada como ésta con intrigas, sugestiones, favores de las cortes, tumultos del pueblo é inquietud de los monjes, y se tomaron como nombres de partido los de *teotocos* y *antropotocos*, y el de *crístotocos*, adoptado como un medio de evitar la precisa significacion de los dos primeros.

Teodoreto, obispo de Ciro, en la Siria Eufratense, que habia convertido millares de personas á la verdadera fe, y combatido vigorosamente á Nestorio, no supó evitar los sutiles lazos de aquella herejía, en que cayeron Alejandro de Hierápolis, espejo de virtud hasta entónces, y bastantes otros obispos insignes. El papa Celestino se declaró por Cirilo, y un concilio en Alejandria anatematizó á los sectarios de Nestorio; despues Teodosio convocó un ecuménico en Efeso, y como Nestorio, encerrado en su casa, no obedeciese á los tres llamamientos que le hicieron, fué depuesto; debatida a cuestion sin él, se declaró la union hipóstatica de las dos naturalezas en una sola persona.

Presentáronse entónces protestas por todas partes; muchos obispos de Oriente perdieron la sede ántes que aceptar la decision; el emperador, que ántes habia sido partidario de Nesto-

rio, defendió el concilio, y persiguiendo á aquél hasta en el monasterio en que vivia hacia cuatro años, le envió desterrado á los Oasis. Pero su herejía ganaba terreno con una rapidez mayor que la de Arrio, á la que superó tambien en duracion. Los nestorianos, vencidos en el imperio, buscaron el triunfo ó la libertad en pueblos nuevos, haciéndose así instrumentos de civilizacion. La floreciente escuela de Edesa, de donde salian los sacerdotes de la Asiria y de la Persia, hízose nestoriana y fué proscrita. Barsuma, que habia salido de ella, cuando fué elegido obispo instituyó en Nisibe una famosa, desde donde se difundieron los nestorianos por la Siria y la Mesopotamia. En Persia, á despecho de los magos, acogidos con preferencia como médicos, embajadores y ministros, conservando el celibato y educando á los huérfanos, introdujeron nuestras artes, vulgarizaron los libros cristianos é hicieron lengua de los doctos la siriaca, que fué la primera de las orientales que escribió las vocales. Barsuma persuadió á Firuz, rey de Persia (1), á que expulsase á los cristianos griegos, y concediese á sus sectarios la sede patriarcal de Seleucia, que aún tienen hoy. El Preste Juan (2), fábula de la edad media, extendió su autoridad sobre la Arabia, la India y hasta la China, donde tuvieron los nestorianos un momento de triunfo.

Habiéndose extendido el imperio de Mahomat, conservaron los nestorianos los primeros puestos, y hasta fueron vireyes de algunas provincias conquistadas. Y cuando los califas establecieron una sede en Bagdad, ellos dirigieron sus consejos, trasladaron al árabe las obras griegas, y á sugestion suya Al-Mamun invitó á entrar en aquella academia á médicos, astrónomos, filósofos y matemáticos. Con los sucesores de Gengiskan llevaron su doctrina hasta el Mogol y entre los tartaros; en Samarcanda pusieron un metropolitano y obispos en Casgar y otros puntos. Del obispo *católico* de Babilonia dependian veinticinco metropolitanos, que cada seis años debían prestarle homenaje. Tal vez era uno de estos aquel Tomás de que

(1) Assemani, *Bibl. orient.*, t. IV.

(2) *Pres-Tadsciani*, sacerdote del mundo.



procedieron los cristianos de la India, que se establecieron en las costas del Malabar y en las islas de Sucotra y Ceilan, cultivando la palma, negociando en pimienta, y que no dependían del obispo de Roma sino del católico nestoriano. Hoy sobreviven aún estos sectarios en Oriente, mezclados con los jacobitas bajo la dirección de dos patriarcas, uno residente en Karemí de Mesopotamia, y otro en Persia; hay otros repartidos en el Indostan, y muchos volvieron posteriormente al seno de la Iglesia, conservando sin embargo la comunión bajo las dos especies y el matrimonio de los sacerdotes.

Aquella herejía y el concilio que la condenó son memorables también por la extensión que dieron al culto de María. Cuando los herejes querían derribarla de su celeste trono, la piedad multiplicó los signos de veneración; y aquel culto piadoso y consolador, que presentando el tipo de los sentimientos más dulces de la naturaleza, el pudor de una virgen y el amor de una madre, la resignación de una mujer afligida y el triunfo de la mártir, la pureza misma y la abogada de los pecadores, parecía adaptarse á las miserias de la vida, á las debilidades del hombre, dándole una intercesora al lado del justo, en la madre del hombre; la madre de los dolores contribuyó no poco á desarraigar los restos del paganismo; y entonces se consagraron muchos templos á María en la necesidad que todos experimentaban de manifestarle su devoción (1).

La Grecia era más fecunda en herejías, ya por índole suya, porque tuviese menos respeto á los obispos de Roma, jueces de la fe y libres de las rabas que la proximidad del emperador ponía á los patriarcas de Oriente. En Africa los donatistas dieron mucho que hacer al celo de San Agus-

(1) Bastará que citemos un ejemplo. La Sicilia, que hasta entonces se había manifestado tenazmente apegada al culto antiguo, á pesar de los esfuerzos de San Hilarion, destinó en poco tiempo ocho de sus templos más hermosos al culto de María, á saber: el de Minerva en Siracusa; los de Venus y Saturno en Messina; el de Venus Ericina en el monte Erix, fabricado, según la tradición, por Eneas; el de Falaris en Agrigento; el de Vulcano junto al Etna; el panteon y santuario de Cérés en Catania, y el sepulcro de Stesicoro.

tin, algunos disputando ó ocupando las iglesias, y otros renovando los destrozos que tan infaustamente famosos habían hecho á los circunceliones. El emperador Honorio les privó de los privilegios obtenidos en los tumultos pasados, y prohibió, so pena de muerte, que se reuniesen. Los obispos preferían su conversión al uso de esta excesiva pena, y San Agustín propuso una conferencia en Cartago en que se discutiesen sus doctrinas, dándose salvo-conducto á los que acudiesen y destituyéndose á los contumaces. Doscientos setenta obispos donatistas y doscientos ochenta y siete católicos se reunieron en aquella ocasión, y estos últimos declararon que si eran vencidos renunciarían sus sedes, y si vencían dejarían en las suyas á los donatistas ó serían sus colegas. Triunfaron los católicos, y los donatistas, privados de apoyo, no tardaron en desaparecer.

El gnosticismo había asestado sus golpes contra el Padre, disputando sobre el ente primero y necesario; los arrianos se habían dirigido contra el Hijo; los nestorianos contra su Madre; el origen del mundo y del hombre, la naturaleza de Dios y de su Verbo, eran las cuestiones que habían ocupado hasta entonces á los teólogos y que la Iglesia había difundido. Quedaba por examinar la naturaleza misma del hombre; por qué padece tanto siendo Dios tan bueno; por qué la venida de Cristo no había hecho desaparecer enteramente el mal del mundo; hasta qué punto pueden los Sacramentos auxiliar al hombre y evitar el pecado; cómo se concilia la presciencia divina con la libertad humana, y cómo la gracia no limita la actividad moral del hombre.

Morgan, breton, conocido con el nombre de Pelagio (1), que fué á Roma, siendo papa Damaso, consiguió fama de virtud y caridad, y se granjeó la amistad de Paulino de Nola y de San Agustín. Pero después erró sobre uno de los problemas más importantes de todo tiempo y lugar, de toda religión ó filosofía.

En el acto de obrar, el hombre se siente libre de hacer ó no una cosa ó de ejecutarla de

(1) Quizá traducción griega de Armórico, marítimo.



este ó de otro modo; pero ve también que la acción presente se deriva de la anterior, de tal modo, que parece una consecuencia necesaria de aquella. Esto no significa que el hombre esté ligado por la fatalidad, sino que no obra de una manera insensata, y que nunca ejerce tan bien la libertad, como cuando se conforma con la ley moral. Cuando se desvía de ésta, lo advierte y dice: «Hubiera podido hacer otra cosa, queriendo.» Para dirigir, pues, la voluntad, necesita un auxilio externo, y le busca en el ejemplo, en los consuelos, en la amistad, en la aprobación, en Dios. Pero además de la influencia que sobre la deliberación del hombre ejercen las cosas externas é independientes de él, hay una acción interior, sentida de todos, pero por ninguno explicada.

¿Cuántas cuestiones nacen de estos hechos según que se niegan, ó se mide inexactamente su importancia relativa, ó se explican de diferente manera! Al cristianismo, que en la ciencia no quita los ojos de la moral, debían presentarse estos problemas necesariamente, y como se unían con otros sobre el origen del mal, resuelto ya por la Iglesia, hacía más complicada la solución.

Los maniqueos con la fatalidad aniquilaban el libre albedrío; Pelagio, por sostenerlo, debilitaba la eficacia de la voluntad divina, es decir, de la gracia, como si las fuerzas naturales bastasen para el cumplimiento de la ley. Decía que el hombre había sido creado mortal, y que el pecado no había cambiado su naturaleza; que los niños nacían en el mismo estado que Adam, y los hombres eran libres como éste lo era en el paraíso, por lo cual todos podían eximirse de pecado y observar la ley, aunque no llegar á la perfección. Añadía que sólo en la voluntad libre de no pecar consistía la gracia divina, la cual nos era concedida también por Dios para poder cumplir más fácilmente lo que se nos manda; pero que el libre albedrío consistía en el equilibrio entre el bien y el mal, en la completa libertad de hacer éste ó aquél.

Envolvía Pelagio esta doctrina en palabras vagas; pero Celestio de Campania, discípulo suyo, la presentó en toda su desnudez, negando principalmente el pecado original. Algunos

obispos le defendieron, y otros, reunidos en Cartago, le excomulgaron. El papa Zósimo, engañado por una artificiosa profesión de fe del heresiarca, reprobó como precipitada la condena de los Padres africanos, y volvió al seno de la Iglesia á Pelagio; pero conociendo después su imprudencia, rechazó aquella doctrina, y el emperador Honorio castigó con el destierro sus secuaces.

El adversario más poderoso de Pelagio fué San Agustín, cuya doctrina, si la despojamos de opiniones particulares ó de excesos contenciosos, se reducen á que con el pecado original perdió el hombre la gracia santificante, y quedó sujeto á la muerte é inclinado al mal; de modo que el libre albedrío no queda aniquilado sino debilitado, y por lo tanto es necesaria la gracia para restablecer el equilibrio. Sin embargo, el hombre no es arrastrado irresistiblemente al pecado, ni llevado invenciblemente al bien por la gracia; pero el poder de hacer bien no le recibe sino mediante la gracia santificante adquirida con la sangre de Jesucristo. Esta gracia interior debe prevenir la voluntad y elevarla sobre sus fuerzas naturales; nosotros no la merecemos de ningún modo; pero nos es dada gratuitamente; sin ella el hombre no puede hacer ninguna obra meritoria, y aun con ella no puede quedar enteramente libre de algún pecado venial.

Ante este vigoroso adversario y la condena de cuatro papas y más de veinte concilios, sucumbió la herejía pelagiana en su grosera forma, demasiado repugnante á los sentimientos cristianos. Pero esta cuestión de suprema importancia filosófica, política y religiosa, se prolongó bajo diversas apariencias por toda la edad media; fué luego resucitada por los protestantes; después ha agitado interiormente á la Iglesia hasta estos últimos tiempos bajo las banderas de Molina y de Jansenio, y ahora, llevada de la teología á la ciencia, revive en aquellos filósofos que exaltan fuera de lo natural la individualidad y la energía del alma humana, y que, siguiendo el genio práctico, positivo y racional de la edad moderna, elevan la libertad del hombre hasta excluir la influencia de Dios en sus acciones y hacer inútil